

La hormiga millonaria

Pues señor: Julianita, la hormiga, era millonaria y estaba muy hueca de serlo y de verse contemplada por las cuarenta mil hormigas del hormiguero de enfrente de su casa.

Porque Julianita vivía sola. Tenía una casa que era un primor, como nunca se ha visto otra, y la había heredado de sus papás. Un salón con colgaduras finísimas de tela de araña, sillones de terciopelo, espejos y cuadros. Comedor encerado y vajilla de porcelana transparente con bordes en oro, y dormitorio de laca con la colcha de la cama toda de seda bordada...!Una maravilla!

Pero lo más importante de todo era el granero donde guardaba tres millones de granos de trigo que daban muchísimo que hacer.

En cuanto llovía o el tiempo estaba húmedo y se mojaban los granos, iba Julianita al hormiguero de enfrente en busca de obreras para que sacaran el trigo a secar al sol.

Las pagaba un granito de trigo por el jornal de todo el día, pero Julianita tenía que estar con cien ojos para que además no le quitaran algo. !Qué ladronas, qué ladronísimas eran! No os lo podeis figurar.

Julianita subía, bajaba, estaba en todo, no las perdía de vista un momento, y sin embargo... !huy! sin embargo, más de una vez las sorprendió arrastrando hacia su hormiguero algún grano que no las ~~apartecía~~ pertenecía.

Pero era imposible prescindir de ellas. ¿Cómo hubiera podido una hormiga sola acarrear tres millones de granos de trigo desde el sótano a la puerta de la casa, que estaba, como ocurre en todos los hormigueros, en el tejado? Y si no los sacaba al sol se pudrían...

Para Julianita cada grano de trigo equivalía a una onza de oro o a un billete de Banco de los grandes, porque cuando necesitaba algo, un gusanito cebado, para variar el almuerzo, o un guisante verde, o un trozo de tela de araña para remendar las cortinas

las cortinas, no tenía sino ir al hormiguero de enfrente, y, a cambio de un grano de trigo, le daban todo lo que necesitaria.

Además de los muchos cuidados del granero, tenía Julianita los muchísimos de la casa. La limpieza de la vajilla de China transparente, los sillones que era preciso sacudir todos los sábados, los espejos que limpiaba con gamuza, los muebles de laca...!qué agobio de casa! Porque una casa da muchísimo qué hacer. Todos se lo hemos oído decir a las señoras.

Claro que hubiera podido llamar a una de las obreras de enfrente para ayudarla, o a dos, o a tres, pero !quí! era mucho más cansado vigilarlas que trabajar ella sola... y eso que estaba cansadísima, y algunos días no tenía gusto para nada, ni siquiera para sentarse a la puerta con su vestido de volantes a ver pasar por el sendero a las cuarenta mil hormigas...

- Adios, Julianita, !qué bonita estás!

- Hago muy rebien que tú no me lo das- decía la hormiga, porque ésta es la manera que tienen las hormigas de saludarse desde los tiempos más remotos.

Y todas las que iban y venían, arrastrando alas de mosquito, diciéndose recados, jugando al molinete, cantando, bailando y jugando...!porque eran más locas!... se paraban un momento a mirarla.

- ¿Por qué no te vienes con nosotras?

- !Huy, no, no, que me robarán...!

- Pues hija, tú te lo pierdes, porque vamos a la era a jugar al corro...

Un día ocurrió que, justamente por aquel campo, pasó un rebaño de vacas muy gordas que llevaban a la feria, y con sus pezuñas duras y pesadas echaron abajo y despachurraron el comedor de Julianita...!Adiós sillones, cortinas, espejos y vajilla...!

- !Ay mi casita bonita! !Ay los muebles de mis antepasados!

!Ay las cortinas de mis ventanas!- gritaba desesperada la hormiga.

Cuando se cansó de gritar fue en busca de las obreras a que la ayudaran a limpiar la entrada de su casa y a tirar todo lo inservible... Pero tenían ellas bastante qué hacer arreglando los desperfectos que el rebaño había ocasionado en su hormi-

guero, y ni siquiera la hicieron caso.

Ella misma tuvo que retirar los pedazos rotos de sus muebles, los cascos de la vajilla, y lo poquito que pudo salvar lo llevó al dormitorio, bien limpio y ordenado.

De tanto como trabajó cayó enferma y pasaron más de quince días sin que pudiera sentarse a la puerta de su casa con su vestido de seda verde... las hormigas pasaban y volvían a pasar por el sendero, siempre cantando y bailando, y ya hasta habían olvidado el desastre de su casa, que, como eran tantas, arreglaron en un día.

Pero pocos días después volvió a pasar el rebaño que venía de la feria, y las pezuñas de las vacas acabaron de destrozar la casa de Julianita. Ya no quedaron ni muebles de laca, ni colcha de seda bordada.

- ¡Ay, qué desgraciada soy! ¡Ay, qué pena tan grande! ¡Ay, qué dolor de casa bonita!

Como si no: nadie le hizo caso porque todas las hormigas del hormiguero estaban muy ocupadas haciendo el traslado de sus trastos a un lugar entre unas piedras que era mucho más seguro.

Julianita, cansada de llorar, abrió un camino para llegar al granero, que ahora estaba cegado de tierra, y en ese trabajo se le fueron todas sus fuerzas y más de ocho días... Al fin pudo sentarse a la puerta con su vestido de volantes.

- Adiós, Julianita ¡qué bonita estás! ¿Quieres venir con nosotros? Vamos al arroyo que hay simiente de perejil...

- ¡Pero que locas eran!- pensaba Julianita, que en el fondo les tenía mucha envidia de verlas tan alegres, pero que nunca se atrevía a acompañarlas por miedo a que le robaran el trigo.

Hasta que una vez no pudo aguantar el deseo y se cogió de sus manos para ir con ellas...!Lo que se rió camino de la fuente! ¡Qué de canciones aprendió! ¡Qué chistosas eran las hormigas! Se hubiera pasado el día con ellas si no se llega a acordar de pronto del granero... pero se acordó, y, soltándose de sus manos, corrió desatinada hasta su fea casa, que era sólo un agujero y el almacén del grano...

!Qué suerte! No le habían quitado nada, y ya tranquila, se

sentó en la puerta a ver a las hormigas cuando venían de la fuente.

- ¡Ay, Julianita, lo que nos hemos divertido!- le decían al pasar- Ha venido Don Romualdo el moscardón y nos ha contado más de cien cuentos de risa, y nos ha enseñado tres canciones nuevas que se ha sacado de su cabeza, y nos ha prometido traernos mañana a su hijo Romualdito que es titiritero y baila en un hilo de araña...!Qué lastima que tengas tres millones de granos de trigo y no te puedas divertir!

Julianita al otro día no salió a la puerta de su casa, ni al otro, ni al otro. Todas las hormigas hablaban de ello.

- ¿Qué le habrá pasado? ¿Estará enferma otra vez?

Y aún se asombraron más cuando vieron que entre las hormigas de otro hormiguero lejano, los gorriones que venían a picar y unos bichos desconocidos le estaban vaciando el granero ...y ¡claro! ¿qué habían de hacer? Pues también ellas se fueron llevando lo que pudieron ~~hacia~~^{a su} casa, hasta que no dejaron nada.

De pronto corrió la noticia

- ¡Ahí está Julianita! ¡Ha vuelto Julianita! ¡Julianita está de vuelta! ¡Pobre Julianita!

Y cuando por la tarde pasaron por el sendero camino de las eras, vieron a la hormiguita que antes fué rica y ahora era pobre, bailando y cantando a la puerta de su casa. ¡Se había vuelto loca!

Eso creyeron, al pronto, pero no. Julianita, que estuvo buscando una casa más segura por los alrededores, que se perdió en un prado entre las hierbas altas, que pudo ser comida por un grillo, todo por culpa de sus millones de granos de trigo que no la dejaban vivir, al volver y encontrarse sin ellos, estalló en bailes y canciones de felicidad.

- Adiós, Julianita. ¡Qué contenta estás! ¿Te quieres venir con nosotras?

- ¡Sí, sí, sí, sí...!

Y con ellas se fué y con ellas vive siendo una hormiga obrera como todas, que trabaja, que canta, y que baila sin preocupaciones, ayudando a llenar el granero y sin miedo a que nadie se le robe.

FIN